

## ***En la ruta de la revolución proletaria. Disipando la niebla***

**Esteban Bilbao**

**Abril de 1931**

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 191-195; publicado en *Comunismo*, número 1, mayo de 1931)

Con la caída de la Monarquía se inicia en España la destrucción revolucionaria del estado capitalista. Es España una de las naciones que, al igual que la Rusia de los zares, ha venido conservando la envoltura monárquica del estado hasta la época de la crisis definitiva del sistema burgués de la propiedad. Traspuesto el período histórico de las revoluciones burguesas, el capitalismo, indiferente a la forma de gobierno, se introdujo y desarrolló en España de una manera parasitaria, viviendo al amparo del despotismo de una burocracia gobernante que la autocracia monárquica había venido hasta entonces manteniendo con los últimos despojos del imperio colonial y con la sangre empobrecida de una masa campesina empobrecida y hambrienta. Nunca fue el capitalismo español el producto natural del desarrollo de la pequeña burguesía indígena. De aquí la posibilidad para la Monarquía de haber podido prolongar su vida hasta la fecha, y ello debido a que el capitalismo, desde sus primeros pasos, hizo suyo el estado monárquico. Si hoy vemos derrumbarse la Monarquía no es precisamente a impulsos del “esfuerzo ideológico” de la pequeña burguesía intelectual sino ante la presión irresistible de las masas explotadas de la ciudad y el campo para las cuales, en el reloj de la historia, ha sonado definitivamente la hora de su revolución. Nada significa que, de momento, sea la pequeña burguesía ideológica, el bloque republicano-socialista (!), quien, al parecer, lleve la voz cantante. Estos pobres ilusos, utopistas reaccionarios, no tardarán mucho tiempo en recibir la, para ellos, triste lección de los hechos.

La pequeña burguesía intelectual está profundamente engañada merced a un craso error de perspectiva y de apreciación de las fuerzas históricas. Nada más estúpido e inútil que el inconsciente y charlatanesco abuso. Que Marcelino Domingo y algunos hombres más de los que integran el actual gobierno Provisional han venido haciendo al comparar situaciones históricas para establecer un sistema de analogías necias y sin ningún contenido. Contrariamente a la creencia y a la “teoría” de la pequeña burguesía que hoy “gobierna”, en España el duelo revolucionario está entablado, no entre el estado feudal y la democracia, sino entre el estado capitalista y el proletariado industrial junto con las masas campesinas explotadas. La pequeña burguesía fundamento social de la ideología del gobierno, aunque numéricamente bastante considerable, carece por completo de independencia política y económica y su porvenir histórico es enteramente nulo. Su eficacia como fuerza directora de los destinos sociales, pertenece al pasado, cuando todavía no habían hecho su aparición en el mundo ni el capitalismo ni su consecuencia natural: el proletariado. El destino fatal de la pequeña burguesía, en este período crítico de derrumbamiento de la civilización capitalista, es servir de escudero a una de las dos grandes fuerzas que llenan por completo el palenque de la historia, al proletariado o a la gran burguesía capitalista. Con el primero se va a la revolución proletaria (Rusia), con el segundo a la contrarrevolución fascista (Italia). Tal es el dilema, sin término medio posible, para la pequeña burguesía. La dictadura del proletariado es la única solución de que la historia dispone para hacer viable a la humanidad hacia un tipo de civilización superior, el socialismo. El fascismo es todo lo contrario de una solución histórica; no hace

otra cosa que retrasar el eficaz desenlace del mismo problema, pues el fascismo no es a la postre más que la dictadura feroz de un capitalismo degenerado y sin porvenir.

El hecho de que el estado español haya conservado hasta el 14 de abril último la forma de una monarquía despótica es suficiente para que el menguado corrillo de intelectuales que hoy “gobierna” deduzca que se trata de un estado feudal. Naturalmente, este “pequeño” fenómeno de espejismo histórico conduce como de la mano a considerar al resto de la población como una masa de siervos y de futuros “ciudadanos” empeñados en abatir la tiranía para que resplandezcan, a renglón seguido, los sagrados “derechos del hombre y del libre ciudadano”, Alfonso XIII es Luis XVI; Zamora es Necker; Prieto es Danton; Marcelino Domingo es Robespierre... y así sucesivamente, Alcalá Zamora y Miguel Maura representan la fracción girondina. Un poco deslucido el desenlace del primer acto de la “tragedia”, ya que estos jacobinos de opereta ayudaron caballerosamente a que el “déspota” traspusiera la frontera llevándose los millones del pueblo. En fin, todavía es tiempo de oír aquello de: “¡Traición los girondinos! ¡A la linterna!”.

En tan falsa analogía histórica, producto de una total ignorancia del verdadero contenido de la revolución, radica el cúmulo de ilusiones democráticas de la pequeña burguesía intelectual que, como una espesa capa de niebla, vela la realidad social e impide la clara contemplación del carácter auténtico de la lucha y de las fuerzas en presencia. Los efectos narcóticos de esta especie de opio ideológico se hacen sentir no sólo en la zona de la pequeña burguesía, sino que también influyen en la actitud de las masas obreras, carentes de juicio crítico y faltas de una dirección política propia a tono con el estado de la evolución histórica. Todo esto contribuye poderosamente al engreimiento petulante del núcleo intelectual de la pequeña burguesía, que llega a tomar en serio su papel de campeón en la “lucha por la liberación del pueblo del yugo del despotismo”. Sin embargo, esta falsa situación es puramente transitoria. La embriaguez democrática no tardará en disiparse. Las situaciones revolucionarias son el más poderoso antídoto contra toda clase de venenos y de equívocos ideales. Los futuros acontecimientos de la revolución española pondrán al descubierto, no tardando mucho, lo que verdaderamente es el bloque democrático: un conglomerado de ilusos que fingiendo obrar con independencia política no es otra cosa que una de las caretas (la risueña) de la contrarrevolución. Si en los períodos de equilibrio de los antagonismos sociales es posible que las ideas nacidas de una realidad pasada aparezcan como siendo las normas rectoras de la vida social, la virtud específica de las revoluciones estriba precisamente en el hecho de que sacan a la superficie y colocan en primer término, exacerbado hasta el máximo, los antagonismos que habían estado velados por las falsas brumas ideales. Esto es lo que ocurrirá inmediatamente en España poniendo de manifiesto a los ojos más ciegos el carácter profundamente reaccionario y utópico del llamado bloque democrático.

Contra la opinión de la pequeña burguesía ideóloga, teóricamente representada en el Gobierno Provisional (teóricamente, nada más, porque la práctica ha demostrado hasta la saciedad que, no habiendo lugar en la edad contemporánea para una función rectora de la pequeña burguesía, todo gobierno que no sea la encarnación directa de los intereses históricos del proletariado es un instrumento de la dictadura capitalista), nosotros, críticos marxistas, teóricos del proletariado revolucionario, afirmamos rotundamente que la monarquía española no es, ni mucho menos, un estado feudal. Es esta una mentira política de la democracia “revolucionaria” que, para fingir una lucha libertadora que no existe, se crea el fantasma con el que desviar de la verdadera ruta de la revolución a las masas populares. Se trata de una maniobra por medio de la cual el bloque gobernante procura ocultar su reaccionarismo al servicio del gran capital. Crean los muy necios, que se pueden burlar los designios históricos escamoteando la formidable verdad social mediante ejercicios de prestidigitación lírica. No, la monarquía española no constituye un

estado feudal. El fundamento del estado monárquico español, todo a partir de septiembre de 1923<sup>1</sup>, no es la propiedad de la aristocracia, considerada como tal, sino la propiedad del burgués capitalista. Poco importa que la aristocracia, rancia o fresca, se haya conservado, en calidad de tejidos fiambres, en el cuerpo del estado. En las esferas dominantes de la máquina estatal los residuos semif feudales sólo son eficaces por lo que tienen de burgueses, no por lo que tienen de aristócratas. El estado español monárquico actúa en función de aparato capitalista, no en función de privilegio de casta aristocrática. El mismo Alfonso no era ya otra cosa que un funcionario al servicio de la explotación del capital monopolista, por cuyo “trabajo” cobraba sus buenas dietas de la burguesía a quien servía. La Dictadura de Primo de Rivera fue la escoba que barrió los restos de la inmundicia aristocrática poniendo íntegra la máquina del estado en manos del capitalismo industrial y financiero. Verdad que en la campiña española es de toda urgencia una revolución liquidadora de la propiedad latifundista. Los campesinos habrán de repartirse la tierra despojando violentamente de todos sus privilegios a sus actuales detentadores semif feudales. Hay en este problema, debido al atraso del campo español, algo de “revolución democrática”. Pero una revolución democrática ¿dirigida por quién? ¿Por la intelectualidad pequeñoburguesa? Hoy no estamos, pese a la chochez “doctrinal” de Marcelino Domingo y compañía, en la época de la reunión del juego de pelota<sup>2</sup>. Son muy distintas las cosas que hay en la España actual a las que había en la Francia del 89. Entonces la burguesía era la vanguardia revolucionaria que tenía tras sí toda la masa general del campo sometida al yugo feroz del estado feudal integrado por la aristocracia y la iglesia y, de coronamiento, la monarquía absoluta de derecho divino. Entonces la ideología burguesa era, sí, la teoría, viva y dinámica, de las necesidades revolucionarias de una clase que ascendía hacia el poder. Por eso el campesino pudo, dirigido por la burguesía, llevar a cabo su revolución democrática destruyendo el estado feudal. Esto ocurrió en Francia hace ya siglo y medio. De entonces acá las cosas han cambiado un “poquito”, aun para España. La burguesía ya no es el campeón de la revolución “nacional”. Celosa de sus privilegios, vive atrincherada en los reductos del estado dedicando todas sus energías no a redimir campesinos, sino a explotarlos. De esta explotación saca no pocos recursos con que alimentar su dominación. La fórmula para el campesino no es ya: *con la burguesía a la destrucción del estado feudal*, sino esta otra: *con el proletariado a la destrucción del estado burgués*. ¿Cómo va a poder ser la burguesía, ni grande ni pequeña, la iniciadora de la revolución democrática campesina?

Se da en la revolución española un caso idéntico, salvando diferencias de orden secundario, al de la Revolución Rusa de Octubre. La destrucción del estado se inicia con un capitalismo débil en el poder. Este capitalismo sin energías propias, producto de una burguesía sin robustez, que jamás tuvo capacidad ni coraje revolucionarios, se ve atacado por una doble revolución: la proletaria en las ciudades; la democrática en el campo. En el hecho de coincidir estas dos revoluciones contra el estado capitalista en franca descomposición encierra todo un mundo de posibilidades de triunfo, ya que con ello la revolución adquiere proporciones grandiosas.

Vanos serán los esfuerzos de la pequeña burguesía democrática para desvirtuar el carácter de la revolución, escamoteando las etapas que faltan y apuntándose el tanto. La

---

<sup>1</sup> En septiembre de 1923, intentando dar solución a la crisis social y política abierta ya en 1909 y exacerbada desde 1917, el general Primo de Rivera implantó su dictadura con la protección de Alfonso XIII y el consentimiento de todas las fracciones de la burguesía. En enero de 1930 el rey despedía al dictador. Como escribió Trotsky “La Dictadura de Primo de Rivera ha caído ella sola, sin revolución” [Ver en estas mismas EIS en nuestra serie [Trotsky en internet y en castellano](#): “[Las tareas de los comunistas en España. Carta a ‘Contra la Corriente’](#)”, página 1 del formato pdf].

<sup>2</sup> Se alude aquí a la asamblea del Tercer Estado que tuvo lugar en la sala de los Jeux de Paume (juego de pelota) del París a comienzo de la revolución de 1789.

lucha está entablada contra el estado capitalista, frente al cual no se puede levantar otra fuerza que el proletariado industrial arrastrando consigo al campesino que combate por la posesión de la tierra. En esta contienda, la ideología pequeñoburguesa no puede tocar ningún pito redentor. No es el estado feudal el que tenemos delante, sino el capitalismo burgués con todas sus armas. Aquí no hay siervos que redimir del yugo del despotismo aristócrata, sino obreros de la ciudad y del campo que tratan de romper las cadenas de la explotación burguesa. No vamos a la conquista de los derechos del ciudadano burgués, sino a la destrucción de la esclavitud del salario que se apoya en esos mismos despreciables derechos.

La extemporánea, anacrónica y ridícula actitud redentora del idealismo pequeñoburgués sólo movería a risa si no fuera por lo que entraña de maniobra contrarrevolucionaria. Se trata de arrojar tierra a los ojos de los mismos trabajadores para que éstos no vean el terreno que pisan. Es esta la jugada más sutil y peligrosa de la burguesía. La demagogia idealista del intelectual, del pequeñoburgués, prende con facilidad en la masa obrera. No en vano el mundo, sometido a la disciplina burguesa, ha venido durante muchos años siendo alimentado en esos “principios” (que sólo al burgués satisfacen), de tal modo que puede decirse que cada hombre los lleva ya en la masa de la sangre. Buena prueba de ello es la influencia manifiesta que el socialreformismo y el anarcosindicalismo (los dos fumaderos de opio que la burguesía tiene instalados en el campo obrero) ejercen sobre los trabajadores.

Tarea ardua es conseguir que el proletariado llegue a juzgar la lucha social con arreglo a un estricto punto de vista de clase, condición sin la cual las masas obreras no pueden actuar a fondo con todas las consecuencias. Verdad es que el proletariado tiene en la propia revolución su mejor escuela política. Las peripecias de la gran lucha irán progresivamente aclarando la atmósfera de la revolución y eliminando todas las falsedades que obstaculizan el paso de los combatientes. Mas esto no basta. El proletariado para vencer necesita un partido director enérgico, genial y disciplinado; un partido que sepa serenamente calcular toda la grandeza de su misión; un partido capaz de apreciar en todo momento las fuerzas propias y las del enemigo; un partido que sepa desterrar de su seno, sin piedad, toda la fanfarronería demagógica de la ignorancia; un partido al que no puedan tener acceso ni la adulación de los incapaces, ni la intriga de los arribistas, ni las pugnas entre los militantes por motivo bastados y despreciables; un partido, en fin, que aprecie el mérito de cada uno de sus hombres por el valor intrínseco que entraña para la revolución y no por el grado de obediencia servil de que finja estar poseído. Indudablemente que este partido no puede ser otro que el partido comunista. Desgraciadamente, aquí está casi todo por hacer. Hay que desterrar toda ilusión nociva si se quiere evitar un desastre. El partido comunista debe ser, sí, un arma de acero, pero la verdad es que, hoy por hoy, no pasa de ser un cuchillo de madera. Al proletariado, que en las próximas batallas ha de poner toda su carne en el asador, hay que exponerle la verdad desnuda. La responsabilidad de los hombres que se hallan hoy al frente del partido comunista es verdaderamente enorme. Piensen que la revolución no puede ser un juego de azar.

Si las condiciones objetivas todas son inmejorables para un próximo triunfo de la revolución proletaria en España, no se puede afirmar lo mismo en lo que atañe a la capacidad y organización del partido revolucionario, del partido comunista. Y lo malo no es la incapacidad presente. El partido comunista en España puede y debe organizarse de modo que en un provenir relativamente próximo adquiera la fuerza y eficacia que hoy le falta. ¿Qué hay que hacer? Cambiar radicalmente los procedimientos. Deponer esa intransigencia falsamente doctrinal, artificialmente impuesta al partido, dejando de lado la política sectarista *que mandan hacer*. Desde luego que el origen del mal es muy hondo.

Pero conste que la musa antimarxista de la filosofía de Stalin no es la más apropiada para inspirar al proletariado la dialéctica del triunfo.

ESTEBAN BILBAO

*Bilbao, abril de 1931*

Serie: [Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España](#)



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)